

# U n pedazo de P A Z

TEXTO Y FOTOGRAFÍAS CAROLYN MCCARTHY

Una deshabitada isla patagónica que se emplaza en medio de la Cordillera de Los Andes, es el refugio de Françoise Dutheil. En esas apartadas tierras vive hace 15 años esta francesa que muy joven vivió en carne propia los horrores de la Segunda Guerra Mundial, luego se radicó en Buenos Aires y hoy comparte su tiempo entre el cuidado de la naturaleza y proyectos turísticos.

M

uchos de entre nosotros tienen la fantasía de retornar a la naturaleza, pero muy pocos son los que pueden realizar este sueño. Françoise Dutheil es una de esas excepciones. En una edad donde la mayoría de la gente se jubila, ella se convirtió en una pionera en un rincón aislado de la Patagonia. No solo se mudó al campo, sino a una isla deshabitada emplazada en medio de Los Andes. Tal como ella lo cuenta, es allí -en la Patagonia- donde su vida

realmente comienza.

Para Françoise, “la soledad no es forzosamente aislamiento. Vivir solo también permite estar más dentro de uno y cargar pilas para estar bien con uno mismo y, por supuesto, mejor con los demás”.

Elegante, curiosa, encantadora, ella no es lo que uno espera de una semi-ermitaña. Está por cumplir quince años desde que cambió su teléfono por una radio, electricidad convencional por

velas y paneles solares y su refrigerador por una bodega de tierra. Vive distinto y se nota. A la edad de setenta años, Françoise tiene presencia. Ella es tan alta como los hombres en estas partes, con un aspecto sereno y ojos verdes traviosos. El pañuelito al cuello debajo de su chaleco polar indica un estilo único, como una mezcla de alta costura y parte camping.

La isla no es solo un lugar de descanso. Parte central de su vida son sus varios

proyectos empresariales. Aparte de vender sus telas y jamones de jabalí ahumado, ella recibe turistas que vienen en caminatas y cabalgatas organizadas por la empresa de su hija y guía Cathy Bérard.

Aunque Françoise valora mucho su soledad, también disfruta compartiendo este lugar tan especial. En su calidad de anfitriona, ofrece delicias de ambas culturas, como el pan casero de campo y coq au vin, ambos preparados en su estufa a leña. Al



“La soledad no es forzosamente aislamiento. Vivir solo también permite estar más dentro de uno y cargar pilas para estar bien con uno mismo y, por supuesto, mejor con los demás”.

descorchar vinos chilenos, entretiene a los invitados de varios países con historias patagónicas, del diario vivir y vistas del centellante Lago Las Rocas.

#### SU HISTORIA

Françoise Dutheil, nació en París y pasó la mayor parte de su vida en Buenos Aires, donde su familia se radicó después de la Segunda Guerra Mundial. Su adolescencia coincidió con la ocupación alemana, con su padre prisionero durante casi un año. Los horrores vividos en esa época la marcaron con un profundo rechazo por la brutalidad y la violencia del género humano y un intenso deseo de lograr su propia paz.

Françoise no tuvo una juventud rebelde. Siguió los deseos de su padre al estudiar medicina, a pesar de su preferencia por las artes y

letras. Terminó casándose con un joven médico conocido de su familia. Al quedar embarazada de su primer hijo, dejó la universidad para dedicarse a su hogar.

“La vida burguesa fue algo absurdo”, recuerda Françoise. Como esposa de un reconocido psiquiatra, tenía que encargarse de la organización de cenas y recepciones sociales. “Me gustaba cocinar y ocuparme de la presentación de la mesa”, admite, “pero el resto no fue para mí”.

Después de diecisiete años, la pareja se divorció. Con su matrimonio fracturado y el deceso de sus padres, sintió que no quería acomodarse más a los deseos de otros. Compró un pequeño lote de tierra en El Bolsón para poder escapar de vez en cuando, manejando los 2000 kilómetros desde Buenos Aires, acompañada por su perro. Esta nueva libertad

resultó adictiva. Después de un tiempo, se radicó allí para producir plantaciones de frutillas libres de virus. Pero después de diez años, El Bolsón empezó a crecer en forma “demasiado civilizada” para su gusto.

Françoise se fascinó con los cuentos de una compañera de trabajo de telar, cuya familia vivía en Chile, cerca de la frontera. Empezó a hacer varias visitas exploratorias a esta zona. Remando por el Lago Las Rocas, un baquiano le mostró la Isla Las Bandurrias, antiguamente usada para separar los carneros de las ovejas. La isla en forma de corazón y cubierta de bosque quedó deshabitada y prácticamente virgen, salvo por un pedacito de terreno con pasto que sembraron para los carneros.

Se encariñó con esta isla de 4.5 hectáreas. Hoy su casa

de dos pisos con sus balcones, sus maseteros desbordando de geranios y duchas de agua caliente es un testimonio casi milagroso del poder de la voluntad y sueños.

Cada tejuela, cada vidrio, jarro y accesorio tuvo que ser trasladado por los senderos de la montaña por un par de bueyes y luego transportado en bote a remo. Algunos detalles vienen de la naturaleza; las manijas de las puertas de raíces curvas o algunas paredes interiores de coligüe. Otros detalles parecen extravagantes: antiguos platos de porcelana y estaño, un armario provenzal en raíz de nogal, antigüedad de la familia. Si estas posesiones suponen extravagancias, Fran es inmune a las presunciones. “Estos bienes familiares escaparon de Europa después de la guerra. Para mi madre fueron un consuelo, el único

continúa



Elegante, curiosa, encantadora, ella no es lo que uno espera de una semi-ermitaña. Está por cumplir quince años desde que cambió su teléfono por una radio y electricidad convencional por velas y paneles solares. Vive distinto y se nota.

remanente de su pasado. No tenía sentido no traerlos hasta acá”.

Este aparente capricho y coraje crearon una leyenda local. Por curiosidad la gente de la zona vino a conocerla y ayudarla. Se ríe pensando en los tres años de viajes hechos para traer sus pertenencias y elementos de construcción. “En esos días había sólo un bote a remo, así que cuando los vientos eran fuertes teníamos que buscar puerto, esperar y hacer un campamento. Fue un proceso lento”.

Restablecer su vida parece haber sido una dificultad pero no lo fue. Todo depende del punto de vista de cada uno. Su hija Cathy lo confirma, “Si lo veo desde su punto de vista, creo que no ha habido dificultades para ella. La naturaleza es tan fuerte que se

impone. Y si uno elige vivir allí es porque acepta lo que se presenta”.

Moverse en el medio de la nada también significa pensar en cada detalle. Ella no podía simplemente apretar botones y dar vuelta llaves, sino que debía aprender carpintería, gasfitería e instalaciones sanitarias. Agradecida, reconoce la ayuda y generosidad de la gente por haberlo hecho posible. Esta misma gente, viviendo en extremo aislamiento tiene un sentido de comunidad que hoy casi no existe.

Françoise asegura: “Es otro mundo aquí”. En sus primeros viajes tuvo que parar en casa de pobladores. Le parecía increíble la hospitalidad de la gente. “No tenían cómo comprar cosas y las sábanas estaban hechas con sacos de harina. Pero me

dieron su mejor cama, todo con la mejor voluntad, la comida que tenían y...alegres”. El hecho de que la gente pudiera vivir bien sin mucho, abrió sus ojos. “La verdad que me encantó”.

#### TIERRA DE PIONEROS

Para comprender la zona de los altos del valle del Río Puelo, hay que conocer su historia. Estos sectores lejanos fueron fundados por pioneros en la primera mitad del Siglo Veinte. Pobladores chilenos llegaron desde la zona de Osorno y Argentina, de donde fueron erradicados, encontrándose con territorios vírgenes. Su existencia fue muy dura. Después de limpiar los campos, trajeron ovejas y vacas, sembraron trigo, habas y papas para sobrevivir. Cada temporada traían mercadería y provisiones desde Argentina

con sus caballos y pilcheros.

Ahora se está construyendo un nuevo camino que atraviesa esta zona, desde el Lago Tagua-Tagua, que va a llegar cerca de la frontera. Ya los residentes de Llanada Grande pueden llegar a Puerto Montt en cinco horas de bus, un progreso muy grande comparado con los tres días que duraba un viaje antiguamente.

El villorrio de Llanada Grande fue el punto de partida de mi caminata hasta el Lago Las Rocas y la isla. El pueblo se conforma por una amplia llanura bajo los picos nevados de la cordillera con modestas casas y fértiles pasturas. Tiene varios almacenes con abastecimientos mínimos, una capilla con sus puertas cerradas y una enorme pista de aviación. Bordeando los límites de la pista, niños con botas de goma



Hoy la casa de Françoise dos pisos con sus balcones, sus maseteros desbordando de geranios y duchas de agua caliente es un testimonio casi milagroso del poder de la voluntad y sueños.

jugaban frente a la escuela y delgados hombres cargaban sus pilcheros con pesados sacos de provisiones. Aunque la ruta ha llegado hasta Llanada Grande, para la mayoría de la gente sigue siendo una vida de pionero.

Empezamos en un sendero angosto que bordea el turquesa Lago Totoral, subiendo entre radales y mosqueta. Fernando Cerón, quien lleva toda una vida en la zona, me acompañó en su caballo hasta el lago. Mientras él fumaba, fui yo la que me agité por el esfuerzo que había que hacer. La caminata hasta Las Rocas demora cuatro o cinco horas, pasando quebradas y lagos fríos, pedazos de bosques oscuros, llanuras y colinas con unas pocas granjas, una fila de álamos y humo saliendo de la chimenea de una casa de tejuelas inclinada por el

tiempo.

Cada temporada brinda cambios en el sendero: corderitos y terneros nuevos en primavera, nubes de tábanos en el verano, avellanos en el otoño. En un día de sol su belleza es incomparable pero de pronto el cielo impregnado de gris revienta en lluvia y los senderos de tierra se convierten en flujos de barro.

Después del Lago Blanco el camino entra en un bosque de altos coigües que tapan la luz con sus densas copas. Este bosque de cuentos no tiene lobos pero sí jabalíes, pumas, pudúes y la lechuza cornuda.

“¿Usted no tiene miedo?”, le han preguntado mucho a Françoise, incluyendo un cura que viajó por la zona con un rifle por su seguridad.

“¿Qué podría temer?”, pregunta Françoise. “Esta es

mi casa”. Muchos pueden tener la impresión de que vive en el medio de la nada. Pero poco a poco, cultivó una relación con sus alrededores. Puede nombrar cada vecino, las especies de flores y árboles. Los que ella plantó budleias, hortensias, fucsias y frutillas, y los nativos: canelos, ciruelillos, coigües, lengas y otros. Dedicó mucho tiempo a su jardín. En la isla la naturaleza no está precisamente domesticada pero lo desconocido se vuelve conocido. Un ejemplo son los cuatro gatos de Françoise. Cuando los llama vienen como perros. Como su dueña, no tienen por qué temer.

En la orilla del lago, Françoise nos recibió con su pequeño bote a remo. En otros tiempos, fue ella quien viajó como pasajera, junto a un lugareño. Recuerda: “Tenía

que pasar un mensaje por Radio El Bolsón para que me vinieran a buscar, siempre con la duda de que lo hayan escuchado”.

Añade que “siempre fue una aventura a este nivel... Yo llevaba mi carpa y mi saco de dormir. Si venían, bien, y si no, me quedaba esperando”. Al hablar no le da mayor importancia a los atrasos y desafíos que caracterizan la vida Patagónica, para todos quienes viven en su aislamiento. Al contrario, lo está disfrutando, como alguien que al fin encontró su lugar en este mundo.

Por eso, asegura que sabía cuando emprendería el viaje pero no sabía cuando llegaría al destino. “Pero valía la pena, valía la pena”, reflexiona. 🧐